

La consolación de la verdad Sentirse pecador como acto de amor: la primera semana (No 45-90)

Eduardo Valdés, s.j.

¿Cómo saber si la gracia ha sido concedida? Esta pregunta atraviesa continuamente al ejercitante. También es un punto neurálgico para el acompañante, pues, le permite ayudar a avanzar en el camino de Dios. Además vemos que todas las meditaciones ignacianas tienen el preámbulo donde se explicita la petición “a Dios lo que quiero y deseo” (No 48). No hay meditación cuyo coloquio no sea ese diálogo entre dos amores ya sea “hablando así como un amigo habla a otro, o un siervo a su señor, cuándo pidiendo alguna gracia...” (No 54). Todo esto visto como gracia.

A propósito de las anotaciones, hemos comentado y presentado las múltiples relaciones que están en juego. Desde la fundamental entre Dios y el ejercitante por mediación de los procedimientos propuestos por San Ignacio (el libro mismo de los Ejercicios) y un testigo cuyo acompañamiento cuida el respeto por las “leyes” y el “camino” propuestos. Con esta ayuda hacemos el pasaje (la Pascua) donde también tiene una presencia fundante, la “vera historia” (la Escritura) y la voz verdadera y franca de la iglesia (testigo amoroso).

El principio y fundamento fue presentado como un camino catequético, sobre todo, para personas que hoy no sienten, como en tiempos de San Ignacio, el gustar la teología de ser creado. Ser creado es una gracia, el principio y fundamento todo él es una gracia multiforme donde el correlato de sentirse

creado es la libertad (la indiferencia). Por eso, los Ejercicios de San Ignacio son una lucha entre amores. La vida la encuentro en otro lugar o en Dios, sintiendo que el camino que lleva a la verdadera vida (no un vano enamorado) es superior a mis fuerzas, es un don pero que incluye insoslayablemente el “yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada” (No 98). Entre vida y muerte, gracia y pecado se establece la alianza en Dios y el ser humano. Pero no es solo aceptar o acoger por quién somos creados sino también para qué y para quién.

De ahí que las cosas creadas nos harán libres (tanto cuanto) si se vuelven puntos de apoyo y referencia para llegar a la gracia de gracias, o la fuente de toda gracia: Dios mismo. No somos nosotros la fuente ni las cosas nuestro fin. Llegar a esta gracia del principio y fundamento es hacernos aptos (criterio de discernimiento) para continuar y llevar a término los Ejercicios. Por eso, lo que ha sido dificultad en el principio y fundamento es lo que tendrá que resolver todo el proceso de los Ejercicios. Así lo que ha sido fuente, en el principio y fundamento, de desolación o de consolación también lo será a los largo de los ejercicios..

Nos puede surgir una inquietud: ¿el principio y fundamento es un problema de razón o de fe? Es de fe: de Dios, de Cristo y del Espíritu. Aunque la pregunta propone un “o”, más bien estamos ante un “y”: razón y fe. No gustaremos este “y” sino al interior y recorriendo todos los ejercicios. Estamos ante el “principio” de un encaminamiento y ante el “fundamento” de una experiencia que se prepara y se inaugura. Es el trabajo “para vencer a sí mismo y ordenar su vida” (No 21). Por este camino y con este Dios, el ser humano comienza a alabar, hacer reverencia (respetar) y servir a Dios.

¿Y el paso a la primera semana? No es la gracia de la indiferencia, para alcanzarla tendemos dos semanas más. El principio y fundamento provoca tempestades (las agitaciones). Yo estoy de acuerdo y en acuerdo (comulgo) con esta imagen de Dios según Dios pero “descubro” que no lo hago. Veo el llamado pero no he respondido, no he actuado conforme a esta

comunicación, esta relación, esta comunión. Es decir, es una meditación sobre mi vida (el ser humano por entero) pero veo también mi vida concreta: soy un pecador. Estamos ante lo que las tres maneras de humildad (Nos 164-168) llevarán a su cima y plenificación. Nos llevarán a nuestra libertad verdadera y medirán nuestra ternura.

Veamos la estructuración de cada ejercicio. Tenemos una "oración preparatoria: es pedir gracia a Dios nuestro Señor" (No 46) de manera general. Esta oración desde el comienzo nos pone ante Dios: es con Él la relación. Ella nos hace la conexión con la oración anterior del principio y fundamento y sirve de lugar (y de nexo con todas las restantes oraciones): es el común denominador. Busca enfocar la dinámica del ejercitante para siempre. Ella toca todas las oraciones posibles y en todo tiempo; hace que el corazón del discernimiento permanezca en todo lo que atañe al ser humano. Nos regala una orientación fundamental.

Seguimos de cerca el contenido de la oración preparatoria. Es "pedir", es decir, respetar, hacer reverencia, es ante Dios, todo aquello que en el ser humano pone en relación con Dios, con el mundo, con los otros, etc. Que presupone inteligencia, deseos, etc, medios, finalidad, etc. Es entrar en relación con el mismo Dios desafectándose de todo afecto desordenado, es decir, de todo aquello que no lo liga a Dios para que sea solo con Él y por Él. "En servicio y alabanza" tenemos el fin del ser humano.

Esta oración es como el horizonte de cualquier gracia particular manteniéndose como la gracia de gracias. Esta oración preparatoria y el coloquio rodean, abrazan los puntos haciendo relucir la gracia particular de la meditación que se está haciendo, se pasa de una intimidad a otra más íntima y más estrecha. Pasamos de un dialogo a otro diálogo y en el paso (la pascua) se ve lo concreto de Dios y lo concreto de nuestra libertad. Ese gran amor de Dios, es decir, lo universal de su amor y de mi libertad pasan por el particular (por la particularidad) de una oración. La gran Alianza pasa por un cuerpo concreto haciéndolo más libre, más en vida, es decir, salvándolo.

El primer preámbulo, “la composición viendo el lugar” (No 47) es el lugar donde se despliega una historia. Donde una historia está a punto de ser contada o , más bien, nuevamente contada. Es colocarse, devenir un particular ya sea en lo visible: la historia de Jesús, ya sea en lo invisible: la historia de Dios (la creación y la respuesta del ser humano). Tenemos la encarnación y la respuesta de los seres humanos, su aceptación o no. Composición de lugar: entrar en esta historia como aquel que entra en su hogar.

“La vista de la imaginación”: ¿recrear en uno el lugar de la relación? Es darse cuenta que Dios (Jesucristo) se nos revela a la manera de San Pablo, como un aborto, pues no hemos estado ni vivido “realmente” en el tiempo de Jesús ni en el momento de la creación donde tanto Dios como el ser humano rehacen un lugar de fe donde se pone en práctica la relación. En relación a lo visible: rehacer el evangelio. En relación a lo invisible: rehacer un mito (la creación). Sabemos que ya existen los evangelios a los que me refiero como también “el mito” de la creación.

El lugar se vuelve rotunda corporal de las dos relaciones, de los diálogos. Ayuda a fijar la atención (prepara el sentir) más que los discursos. Un cuadro, un campo que no permite divagar por todos lados, es “controlar” un poco la especulación. Es una voluntad para encarnar la oración. Es cierto que San Ignacio habla de las tres potencias pero utiliza una cuarta, la imaginación que sirve para encuadrar (hacer un lugar) la oración y el “en dónde” donde se desarrolla la oración evitando irse a todo, controlando el imaginario y la especulación abstracta. El “lugar” será una persona: el ser humano y Jesucristo. El país y la gracia son Jesucristo.

“El segundo es demandar a Dios nuestro Señor lo que quiero y deseo” (No 48) está ligado con el principio y fundamento, el magis. Quiero y deseo es una puesta en relación con alguien. Si es con Jesucristo, tener entonces los mismos “sentimientos” que Él, experimentar el mismo amor que Él, es decir, que sea en relación con Jesucristo que se conforme toda

mi vida. Si es con Dios llegar a ser como Él con una relación estrecha y fuerte. Hay también otra relación: con el pecado, hay inmediatamente un tejido de relaciones. La relación con Jesucristo y con Dios quiebra, rasga este tejido para hacer otra alianza (hay también un problema de justicia).

Hablar de mi deseo es mostrar que la persona por entero está implicada. Hay que querer y desear lo que pedimos. Hay también una imploración (la libertad se compromete) de gracia (la aceptación de un don). Pedagógicamente el ejercitante viene como mendigo: viene con una necesidad y su deseo será despertado. Viene con una expectativa (una carencia, un vacío...) y se encuentra con su pobreza. Estamos en una encrucijada, ante lo que se juega el ejercitante que rompe el encaminiamiento puramente espiritual. Es decir, el ejercitante viene con una necesidad y encuentra un deseo (camino difícil y que juega de lleno en el corazón de la elección) primeramente a través del deseo de otra persona (la gracia a pedir en el texto de San Ignacio) y finalmente en la reciprocidad (coloquio Jesucristo-ejercitante).

En esta composición de lugar tenemos "mi ánima ser encarcerada", el cuerpo da un golpe de Estado y la que debía guiar se convierte en oprimida por el cuerpo. No solo un golpe de Estado sino una exclusión, "desterrada", exilada de su patria. No solo exilado sino puesto entre seres humanos (sin humanidad) que quieren nuestra perdición (brutos animales). No tenemos ayuda, estamos solos, es decir, sin solidaridad. El cuerpo hace violencia al ánima que está en otra patria (los animales) que no es la suya. San Ignacio en el No 189, última frase, describe la vida espiritual como una salida, un éxodo. Por eso, la confusión, la persona recupera su dignidad de ser humano que había olvidado; ante otro, el ser humano recupera su dignidad de persona espiritual. Ante otro recupera la vergüenza.

Al interior de todo mora el deseo secreto (¿solo inconsciente?) de ser como Dios. Cada ser humano tiene en su corazón el celo (secreto, no confesado) de Dios. El ser humano

quiere ser Dios, en este sentido estamos en el colmo del orgullo. Lo más cercano de sentirse pecador es el orgullo herido. El ser humano herido en su orgullo es la más feroz de las bestias. El demonio es el *súmmum* del orgullo herido, de allí convertirse en el peor enemigo de natura humana. El orgullo herido está próximo del suicidio porque el ser humano orgulloso herido es implacable, inmisericorde consigo mismo y con los otros. El orgullo (crecida soberbia) no da su libertad, la deja cautiva y le impone la peor opresión: la negación de la relación con Dios y con los otros. Una soledad sin amor que se nutre de su propio celo, de su propio rencor, de su propio odio... es el vacío por excelencia.

El coloquio nos muestra la riqueza de la gracia pedida, pues, es una oración en sí que toca lo central nuestro. Vivir es Jesús, estar salvado (liberado) es Jesús, el éxodo no es hacia el desierto sino hacia Jesucristo. Un Jesucristo crucificado que habla conmigo, me acoge, me consuela. La relación es Jesucristo, la gracia es Jesucristo. En el coloquio recibimos mucho más que la gracia pedida en el preámbulo aunque es cierto que hay una progresión en el diálogo, en el encuentro.

El conjunto de la meditación sobre el primer (No 50), segundo (No 51) y tercer (No 52) pecado no busca únicamente contar una historia de pecado sino hacer aparecer la situación, el mundo en el que se encuentra el ejercitante (véase la segunda adicción, No 74). Esta situación de alienación afecta e infecta todo el compósito humano.

Con el “primer ejercicio” (No 45 ss) aparecen las tres potencias: memoria, entendimiento y voluntad. La memoria es la historia (contada), el entendimiento (la inteligencia) es “sentir” esta historia, historia que me pertenece, estoy implicado en ella, es también mi propia historia. La voluntad es “gustar” esta historia, historia que toma lugar en mi vida, es su fruto. Todo termina con un diálogo amistoso que rehace una amistad, transmite una alianza y vuelve a renovar un amor. Padre-hijo se convierten en amigos, un amor aceptado y escogido.

La primera meditación (Nos 45-54) “con las tres potencias, sobre el 1º, 2º y 3º pecado...” nos hace entrar de lleno en

el camino de la verdad en Dios. Tenemos el pecado de los ángeles, de Adán y Eva y de un particular para poner ante Jesucristo y verme a mí mismo en esa "historia" (propriadamente una antihistoria humana).

Veamos el camino que nos proponen: los ángeles, Adán y Eva, un particular. La lectura es el paso "de gracia en malicia" (No 50) por su "superbia" (la soberbia como un ataque a la libertad del amor) "y lanzados del cielo al infierno"(No 50). Tenemos el combate de la gracia y de la libertad al unísono. Los ángeles me muestran dinamisimos más allá de lo puramente humano (¿antes y después del ser humano?). Estamos ante algo invisible que toca de lleno lo visible.

Con Adán y Eva asistimos a una especie de paternidad-maternidad, incluido el pecado. Así el pecado engendra, en la carne, a su vez el pecado. Recordemos que los ángeles y el particular no tienen paternidad-maternidad aunque las relaciones que llevarán a cabo ponen pecado, es un estado que lleva a otro estado: del cielo (gracia) al infierno (pecado). Los ángeles son muchos, Adán y Eva dos. Ambos en lugares "especiales", extraterrestres si se quiere. El cielo y lo más profundo e íntimo de la tierra: el paraíso. ¿Los ángeles creados sin ley y Adán y Eva bajo una ley? Los ángeles fueron creados en gracia pero como vimos lanzados al infierno. Adán y Eva creados y puestos en el paraíso fueron lanzados del Edén trayendo personas al infierno con tanta corrupción como también con tanto tiempo de penitencia.

Los ángeles, como habíamos visto, son muchos, el particular uno: ambos lanzados al infierno. Es cierto que del particular no se dice que fue creado en gracia pero si es un particular, es creado. Los ángeles no se quisieron ayudar de su libertad para obedecer: la soberbia se hace malicia. El particular no nos dicen explícitamente que se ayude con su libertad pero si estamos ante una actuación que va contra la bondad infinita y muestra el pecado como gravedad y malicia, por eso, justamente condenado. Adán-Eva y el particular nos colocan al interior mismo de la historia.

Vemos que los ángeles tienen algo a contemplar en relación a Adán-Eva que son nuestros padres, que están sometidos a la ley como nosotros. Padres que son lanzados, como los ángeles, fuera del paraíso. Recordemos que el Edén es un jardín creado por Dios para el ser humano; el infierno es el estado que corresponde al pecado. Estos padres “expulsados” para vivir sin la justicia original, como los ángeles, toda su vida en muchos trabajos y penitencia.

Yo tengo muchos pecados, el que ha sido creado para alabar, hacer reverencia (respetar) y servir a Dios, es decir, creado en gracia. Pecado contra los mandamientos, es decir, no he ofrecido mi libertad, estoy en el orgullo contra la bondad infinita. Al quebrar la justicia primera quedo engendrando una paternidad-maternidad de pecado. Sin embargo, no soy condenado (gravedad) ni puesto en el infierno (malicia) sino en la vida, es decir, amado y ante una gracia que toca a mi puerta: aún una alianza, una salida, un éxodo que me lleva a la tierra prometida, Jesucristo.

Así el coloquio empieza “imaginando” (composición de lugar) toda la “historia” de Jesucristo: “Cristo nuestro Señor delante y puesto en cruz [primer preámbulo], hacer un coloquio [segundo preámbulo: la gracia pedida], cómo de Criador es venido a hacerse temporal, y así a morir por mis pecados [me sana, me libera, me salva]. Otro tanto mirando a mí mismo [estoy ante toda “mi historia”][composición de lugar] lo que he hecho por Cristo, lo que hago por Cristo, y lo que debo hacer por Cristo [la gracia pedida: yo mismo entrar en relación con Jesucristo, convertirme en gracia para otros donde la indiferencia misura todo desde Jesucristo y el magis se vuelve caminar más en Él, por Él y para Él], y así viéndole tal, y así colgado en la cruz, discurrir por lo que se offresciere [el coloquio al interior del coloquio]” (No 53).

“El coloquio se hace propiamente hablando [la palabra y el diálogo hacen su camino] así como un amigo habla a otro [es una amistad que se teje], o un siervo a su señor [es la libertad la que está es juego y se acoge], cuándo pidiendo alguna

gracia [la gracia], cuándo culpándose, por algún mal hecho [el pecado], cuándo comunicando sus cosas y queriendo consejo en ellas [el consejo evangélico] y decir un Pater noster [es el mismo Jesucristo quien nos enseña a orar, a conocer su manera de pedir, de comunicarse, de dar su libertad, de alabar, de hacer reverencia y servir al Padre]” (No 54). Como hemos mostrado, el coloquio es un momento capital, pues, es el “lugar” donde se elaborará y cuajará la elección. Es una confrontación pacífica entre Jesucristo y yo. La palabra de Jesucristo me toca, me impacta y hablo porque estoy “afectado”, tocado por esa palabra. La palabra de Dios me hace hablar (y pedir: ¿qué debemos hacer? (cfr. Lc 23,48; Hech 2,37).

Aunque pedagógicamente el coloquio está puesto al final se lo puede hacer en cualquier punto, una vez que sea “afectado”. En esta meditación “gusto” cómo la dinámica de mi pecado debería desembocar en mi muerte y en el infierno pero “siento y gusto” que estoy vivo y todavía no en el infierno. Pero Jesucristo ha pasado por la muerte y por el infierno.

En el segundo ejercicio (Nos 55-61), la gracia de la primera meditación todavía encerrada se abre a través de Jesucristo crucificado a una segunda consolación que proviene de zafarme de mis pecados aunque los he examinado para abrimme a Dios. Pedimos “sufrir”, primero con el “crescido y intenso dolor”, una gracia “interior” del ánimo. “Y lágrimas”, una gracia “exterior”; las lágrimas de mis pecados, tocan el cuerpo, además intensamente (una consolación) que tiene que ver con el dolor de mis pecados. Una consolación que pasa por el dolor. El ánimo no está más prisionera del cuerpo; el ánimo lleva al cuerpo a su dolor, el cuerpo obedece. Así el cuerpo se vuelve ayuda adecuada, un compañero. El cuerpo sufre a causa del ánimo, pues, también es prisionero del pecado, del Faraón del ánimo, se vuelve esclavo; las lágrimas son el éxodo del cuerpo. Así el cuerpo se une estrechamente al encaminamiento del ánimo, como un amigo. La “memoria”, el “conocimiento” del cuerpo trabajan para “el ánimo”. El cuerpo aprende a seguir el ánimo aunque pueda negarse.

El primer punto (No 56) es volver a pasar por el lugar, es estar atento a la composición del lugar. Nos presenta la trilogía tiempo-lugar-relaciones. Estamos ante un aspecto anecdótico, cuantitativo, ante un ejercicio de la memoria ayudada por el cuerpo: los lugares vividos, el universo de las personas... Para olvidar los pecados es necesario recordarlos: Dios retoma mis pecados y los esconde en el fondo del mar.

El segundo punto (No 57) ponderar los pecados es ver su peso, su gravedad, es decir, su aspecto cualitativo. Una fealdad en contra de la belleza. La malicia, la perversidad es transformar el bien en mal, servirse de la vida para poner la muerte. La conversión y la solidaridad combaten esta perversidad. El pecado es grave para el cuerpo y combate el lugar de Dios. La balanza de este sopesar no es la ley sino el amor. Dios hará de la muerte, vida.

El tercer punto (No 58) es un proceso de comparación, orar por comparación. ¿Por quién me tomo? El pecado desolidariza, pone en el aislamiento hacia los otros: yo sin los demás no soy nadie. Estamos en un proceso o propensión a la autarquía, solipsismo, auto... solo yo. La degradación del cuerpo cuando el ánimo está enferma, cuando la libertad ya no puede mandar se manifiesta en la fealdad del cuerpo.

El cuarto punto (No 59) me muestra que el pecado es relacional: Dios contra el cual pequé. Es mirar quién soy ante Dios. Es un proceso de saberme colocar en mi lugar ante los otros y ante Dios. El quinto punto (No 60): estoy con vida (vivo) cuando debería estar muerto. Ante la creación me doy cuenta cuánto me quiere, ella es una ayuda... estamos ante una concepción fraternal de la creación, pues, me ha dejado con vida, me ha protegido. Los ángeles, los santos y la naturaleza son solidarios con la misericordia y paciencia de Dios por mí. Dios me regala su misericordia por la creación: las cosas no me castigan, me cuidan y me dan vida.

En el coloquio "conozco y siento" que el pecado no ha tenido en mí los efectos que ha tenido en otros, el pecado no ha producido en mí su efecto. Dios me ha regalado hasta ahora

su cariño, estoy inmerso en su misericordia. Tengo futuro que pasa por la enmienda y el ordenarme hacia esa misericordia. Es como el libro del Génesis que es un libro de nacimientos: de la vida y de la muerte (de todos los pecados, Gén 50, 20ss). El lugar de la muerte se vuelve, por la misericordia, lugar de vida. Yo que debía estar muerto y en el infierno como consecuencia del pecado no lo estoy. Por el contrario, Jesucristo está en la cruz por mí, es Él quien ha muerto clavado en la cruz (como en el infierno). Él me mira con misericordia y con amor, Jesucristo se vuelve “mi servidor” sabiendo que soy yo su asesino. De ahí, enmendar (arrepentir): enderezar el camino para hacer de la vida, vida.

La “revelación” de mi pecado es Cristo crucificado. Mi pecado se lee, se ve, se examina, se contempla en el cuerpo (y la vida) de alguien (Jesucristo). Mi pecado no solo es un mal en sí mismo (malicia), una transgresión a la ley (gravedad), es también lo que lleva a Jesús a la cruz y lo crucifica. Es ante este Jesucristo crucificado que puedo tener “conocimiento” de mi pecado y “ver” también un futuro (la cruz como lugar de la misericordia de Dios), una “resurrección” que va hasta donde estoy, ese en donde estoy muerto y mereciendo el infierno. Yo soy un pecador. Es con un pecador con quien Dios tiene que ver. Él me saca de la muerte, me pone en la vida y me llama. Oh feliz culpa que nos ha dado tal redentor. Nunca olvidemos: el pecado se encarna matando a un inocente, más aún, a un justo.

Recojamos lo que hemos vivido. Vemos que estamos en y ante un proceso tanto de mis pecados como de la relación con la creación, con los seres humanos (los santos) y con Dios. Este proceso de mis pecados toca lugar (casa), relación (conversaciones) y trabajo (oficio) tiene también una duración en el tiempo (de año en año, de tiempo en tiempo). Primero contra la ley (los mandamientos), es el mal en relación a la ley. Segundo, contra la indiferencia (dado que no fuese vedado), no prohibido por la ley pero de todas maneras pecado. Es el mal en sí mismo que es un contrafundamento contra todo ser humano. De ahí su fealdad (gravedad, condenación) y malicia (mortal, el infierno).

Yo como cómplice del pecado respecto a todo ser humano, los ángeles, los santos, la creación en su relación con Dios, conmigo mismo como corrupción y fealdad y como lugar herido y podrido que engendra la maldad. Yo contra el mismo Dios (solo contra Dios). Sufre mi relación con Dios: la pervierto, utilizo sus dones contra Él. Entro en la realidad del pecado en mí con relación a Dios (sus puntos de ligazón y los míos). Ver una realidad "exterior" que continúa a ser un lugar de relación con Dios y con todos los intercesores en relación con mi realidad "interior"; mi vida continúa, las otras personas imploran por mí y la creación y sus creaturas no se han vuelto infierno para mí.

Es "conocer" la misericordia de Dios. Una misericordia que va más allá de su justicia, un amor más grande que mis méritos y mi actuar. Es regustar el don de la vida que me ha dado y mi respuesta a Él: con su gracia, me enmiendo (me arrepiento).

El tercer ejercicio (No 62) es repetición de los dos anteriores ahí donde ha habido movimiento, consolación, desolación o "sentimiento" espiritual. Primero notando y en seguida tomando un tiempo sobre ellos, es decir, ¿qué he sentido? Y de allí los coloquios. Los puntos soy yo mismo con los espíritus quienes los hacemos en relación a un sentir. El "contenido" de un discernimiento forma parte de la oración. Los coloquios son la misma triple petición en la gradación María, Jesús, el Padre.

Hay un triple "para que" (No 63) que termina en aborrecimiento (aborreciendo) y aparte de mí, y así me enmiendo, me ordene (en mis operaciones) y de ellos (de mis pecados). Estamos ante la petición de conocimiento del mundo, pues, Dios conoce mejor que yo el mundo. No se trata solo de la creación sino de la utilización que hace el ser humano de sus relaciones sea hacia la creación o sea entre los seres humanos. Mundo visto como "creación" del ser humano pecador. Es pedir no entrar en esa "creación" pidiendo, al mismo tiempo, conocimiento de Dios, pues, es el único que me lo puede dar. Un conocimiento para que... aparte. El primero y el segundo para que yo "sienta" conocimiento interno – pecados – (ruptura)- y desor-

den – operaciones- (dinámica a seguir)- apartar. Todo esto es gracia no el mero resultado de las “potencias” del ser humano. Todo gira en aborrecer, tener horror de (la detestación). Es la primera vez que aparece la Virgen como intercesora ante su hijo.

El cuarto ejercicio (No 64) es repetición de la repetición con los tres coloquios. Tiene que ver con la inteligencia, discurrir a propósito de los “movimientos” anteriores. Es una especie de profundización de la petición enraizándose en los coloquios. Toda la oración se transforma en un coloquio, en una petición mantenida. Abrirse completamente a Dios para que pueda hacer su trabajo de “recreación”, la liberación de la esclavitud del pecado. ¿Por qué tanto tiempo para darnos cuenta que somos pecadores? ¿Por qué pasar por Egipto (tierra de esclavitud) para poder pedir la salida, el éxodo y así alabar, hacer reverencia (respetar) y servir a Dios?

La Virgen María entra para que me obtenga gracia. Ella tiene la posibilidad de implorar, ser escuchada por su Hijo y por el Señor. Ella es la más cercana a mí sin serlo, pues, fue concebida sin pecado original. San José será el más cercano a mí, es un ser humano pecador como yo y solo interviene aceptando y siendo testigo del Espíritu aunque este testimonio sea contado, por la gracia, como paternidad aunque en justicia no sea absolutamente verdadera. Ella es madre y sirviente (esclava), Jesucristo es también su Señor. Es un sí, una libertad completamente depositada en las manos de Dios en quien encuentra gracia y se convierte en bienaventurada. Como madre ha engendrado al Hijo (la gracia, la Palabra de Dios).

No vuelvo a la consolación, etc., (lo sentido) sino sobre el punto, es decir, el momento, el lugar donde yo he sentido o me han hecho sentir. Esto ayuda a profundizar, pues, muestra que si la consolación se “sostiene”, no es pasajera. Es volver a la desolación: encontrar el lugar del combate (mis resistencias, etc.). Todo esto se vuelve lugar del coloquio.

Es profundizar en el conocimiento interior en correspondencia al conocimiento histórico de mi pecado (todavía un poco exterior). El pecado se enraíza en mí (mi pecado capital),

muestra el mecanismo, la tendencia en mí, la pendiente para mí. Estoy pidiendo sentir este conocimiento. Es sentir el desorden de mi actividad, de aquello que pone desorden interior (es la vida concreta del ejercitante), que resuena en mis relaciones y pone "las cosas mundanas". Recordemos aquí la experiencia del mundo de San Ignacio, toda su vida anterior a la conversión, su experiencia del mundo del pecado.

Pedir la gracia de tener una reacción "instintiva" del pecado. El horror toca el instinto, el mismo cuerpo rechaza, incluso "vomita" fuera de sí. Estamos pidiendo una especie de automatismo espiritual. Horror a dejarse llevar, halar por la dinámica del pecado que se siente, en la ceguera, como vida siendo en todo momento muerte. A no aceptar la vida de Dios vista desde el endurecimiento del corazón, como muerte. Es decir, el horror puede también estar de parte de Dios no solo como estrategia del pecado. Horror a una manera de relación que incluye todo (miedo de vivir bajo la bandera del pecado) incluso antes de ser reflexionada hay algo en nosotros que rechaza, no deja entrar al pecado. Todo esto es gracia, un don de Dios.

Vemos aquí que San Ignacio utiliza los intercesores "fuer-tes" (de peso): la Virgen, Jesucristo y el Padre. Ellos serán utilizados en momentos estratégicos bien precisos, irán hasta la elección. Se puede ver cómo saca provecho de su experiencia en la corte, encontrar amigos que le ayuden para conseguir una gracia, un favor del "rey" yendo al mismo tiempo directamente al "rey".

Estamos ante la experiencia del pecado: (el diablo) aceptado en oblicuo. Si ponemos rostro, enfrentamos con Jesucristo, al pecado (al diablo) que sale en huida pero si se le mira en oblicuo (¿aceptar la ambigüedad? ¿vivir en la ambigüedad?) su fuerza termina por imponerse, por llevarnos. El tentador pone al alcance de la mano "el fruto", el pecado y terminaremos por ver que es agradable a los ojos y lo tomaremos (ver la regla de discernimiento No 325). El mal tiene la fuerza que le damos o entrará por la puerta que le abrimos. El diablo, como león rugiendo, da vueltas buscando a quién devorar (1 Pe 5, 8-9), el

enemigo ronda entorno nuestro y si abrimos alguna puerta o ventana entra con todo su fuerza y poder. “No hay bestia tan fiera sobre la haz de la tierra como el enemigo de natura humana, en prosecución de su dañada intención con tan crecida malicia” (No 325).

El quinto ejercicio es meditación del infierno (Nos 65-71). Esta meditación (el encerramiento) está ligada al pecado por el horror (el súmmum del orgullo que se nutre a sí mismo, es decir, se autodestruye). El ser humano, por el pecado, es capaz de “construir(se)” un “mundo” no bueno, el infierno.

La composición de lugar nos dice que el infierno es un “lugar” (en contraposición de lo dicho por San Pablo); es en mí mismo (invisible) que tiene lugar el infierno. La “longura, anchura y profundidad” agotan todos los puntos de referencia: espacio-tiempo-duración. Esta espacialidad-temporalidad la hemos sentido en las meditaciones anteriores: el pecado de los ángeles, de Adán-Eva, de un particular y de mí (fealdad y malicia).

La petición, “interno sentimiento” (¿sentir internamente?) la pena que padecen “los dañados”. Sentir “el horror” del sufrimiento de otros como consecuencia de su propio actuar. Para siempre vivir en el pecado es vivir en el infierno. Si mis faltas me hacen olvidar el amor, el temor me ayuda a nos caer en el pecado (el infierno). Vemos la relación amor-temor. El temor es visto como una ayuda, una manera de permanecer en la vida. El temor (¿no el terror?) como el horror se vuelven ayudas casi instintivas.

Los puntos son un tipo de aplicación de los sentidos o más bien una purificación de los sentidos por el temor. El infierno “toca”, se deja “sentir” en todo el ser humano. Según Dante hay personas que caen tan bajo que solo el “encuentro” con el infierno les hace salir de su situación. Es un verdadero sentir y gustar la extensión, la fuerza y el peso del pecado. Esta “visión” engendra el temor (¿un tipo de terror?): no queremos estar ahí y, mucho menos, morar para siempre. Es una “visión” que muestra la realidad y la verdad del pecado, una manera de romper el endurecimiento y la ceguera que genera el pecado.

El coloquio nos hace “ver y sentir” que el infierno es, está contra Jesucristo. El infierno es la ausencia de Jesucristo, el lugar donde él no está. Con su lógica, unos dicen no a Jesucristo, otros sí pero su vida no se construye en relación a esta convicción, sus obras, acciones y operaciones dicen lo contrario. Agradecer a Jesucristo que no me ha dejado caer acabando mi vida. Ha tenido tanta piedad y misericordia por mí. Es la primera vez que aparece la palabra “piedad”.

El descender a los infiernos es un descendimiento con Cristo (recordemos el Credo, descendió a los infiernos). La dinámica de los ejercicios sigue la dinámica del credo más que el Nuevo Testamento como tal. Jesucristo, en el momento de su muerte, baja para unirse a los que permanecen en la muerte del pecado. Hay también una pedagogía para los sentidos: que ellos puedan tocar y conocer la realidad del pecado el que ellos estaban inclinados (incluso que habían seguido). Jesús nos hace recorrer el camino del pecado hasta el final, el término, el infierno mostrándonos que su piedad y misericordia ha impedido a esta lógica tener fuerza en y sobre nosotros. Pero no nos esconde la fuerza y el término del pecado aunque Él nos ha desviado de ese camino. El camino del pecado está ahí, es real.

Encontrar a Jesucristo me lleva a tener horror (ab-horreo, aborrecer) el pecado para terminar en un temor-amor. Terror de perder el amor de Jesucristo que nos llevaría a ese lugar más que el temor al lugar como tal. Temor de que Jesucristo no venga más a mi vida por mi pecado. Hay una pedagogía para encontrar el “orden” y permanecer pegado, a los costados del amor de Jesucristo no a otro “amor” (comida, reposo, etc.).

Ver el “olvidar”. El olvido del amor de Dios es muy peligroso (1Jn 3,6). El pecado hace olvidar a Dios. Los sentidos deben ayudarnos a “ver y sentir” de más lejos y de más cerca, la mirada va hasta las estrellas mucho mejor que la proximidad. Los sentidos son los lugares de la delectación, deben volverse los lugares de la delectación de Dios (Sal 4,8), deben ayudarme a acercarme a Dios.

El coloquio nos ha hecho ver la importancia de la encarnación. No creen que Jesucristo ha venido, entonces el mundo dice, el sexo es la salvación o el dinero o la fuerza política... es un mundo maldito. Otros han creído pero no han obrado según los mandamientos, como habíamos visto. Estoy con vida es una palanca importante para San Ignacio, pues, muestra que el pecado no ha ido hasta el final de su lógica. Dios me es fiel incluso cuando me hundo en la infidelidad, hasta el día de hoy ha tenido siempre tanta piedad y misericordia. Hay un lugar para mi miseria en el corazón de Dios.

Jesús habla del infierno. El infierno no es solo algo que vendrá, del futuro, en el pasado he estado alejado de Dios (he vivido la separación de Dios, mi autosuficiencia...). Ver la diferencia entre la gracia a pedir y el final del coloquio. El infierno ("interno sentimiento de la pena que padescen los dañados") y "ha tenido de mí tanta piedad y misericordia".

Una vez que esta gracia ha sido dada, podemos pasar a la segunda semana. Tenemos el signo de la dulzura, la suavidad en el dolor, de ahí se desprende una capacidad (liberada) de amar.